

Más sobre

“La Dolce Vita”

Manuel Martín-Pozuelo, S. J.

M. RABANAL, en “Insula”, núm. 167, aborda el inexhausto tema de “La Dolce Vita”. Quisiera felicitarle por la sincera preocupación social que refleja su artículo. Hay en él, sin embargo, alguna expresión equívoca, y que creo conviene deslindar para que los lectores no den cabida al confusio-

nismo. Es evidente que no pretendo con estas breves líneas importar a España las polémicas que esta película ha suscitado. Pero es preciso hacerse eco de este trabajo de Rabanal.

Parece ser que primero intenta fundamentar la moralidad de este film en la declaración de Fellini, entrecomillada en su artículo: “Yo creo en Dios. No voy a Misa, pero soy cristiano”. A continuación, y ahora entrecomillamos nosotros: “Y, en consecuencia, la actitud crítica que adopta (Fellini) es la de un moralista, si bien empleamos la palabra en un sentido serio y profundo”.

Por mucha profundidad y seriedad que entrañásemos en la palabra moralista, no vemos cómo esa frase tan general y dudosa en sí misma, sea suficiente para calificar de moral el film. En nuestra opinión ni siquiera bastaría la protesta formal de buenas intenciones en un cineasta para que su obra sea indefectiblemente moral.

No puede ignorarse que su obra va destinada a mucho y a muy diverso pú-

blico. Y esas buenas intenciones no pueden en la plástica cinematográfica realizarse como le parece y agrada al guionista: descripciones minuciosas de ambientes pútridos, estridentes fusiones entre lo sagrado y el libertinaje, sórdidas escenografías, etc.

Pasa Rabanal, después, a la justificación objetiva y aduce la razón del simbolismo de la estatua de Cristo suspendida del helicóptero. Estatua de Cristo que “con sus brazos abiertos, no recibe más que indirectas sonrisas de tipo erótico”.

Esta breve secuencia al principio de la película, ¿puede bastar para tildar toda la cinta de moral, si después no hay ni un rayo de esperanza, como ha declarado resueltamente el productor del film, Rizzoli? (1).

El film simbólico en que, según Rabanal, aparece una clara imagen de Cristo en el pez muerto, confirmada por los pescadores con la afirmación de que el pez en putrefacción había muerto hacía tres días, no tiene para otros críticos tan elevado simbolismo. Por ejemplo, hay uno para quien el símbolo alude a los espectadores “infelices que han acudido a verlo...” (Baragli, art. cit.).

(1) «Pero aquí no hay esperanza. Es una historia que acaba sin un rayo de luz». (Citado por «La Civiltà Cattolica» 1960, núm. 2648, p. 169).

NOTAS PARA EL DIALOGO

El mismo Fellini ha expuesto su temerosa sospecha de que muchos vean en "La Dolce Vita" lo que les plazca (2). Aunque en este caso se encuentra un digno término al simbolismo, es claro que, en cuanto símbolo, no podrá captarse por todo el público en ese sentido. Ya vemos que hasta un perito no sólo no lo ha captado así sino que no ha dudado atribuirle una significación contraria.

He seguido leyendo por ver si en cuanto al tema de la película podíamos salvar el calificativo de moral. Se nos afirma que es "una diatriba unilateral centrada, prácticamente, sobre los excesos sexuales" y que sólo indirectamente "es una incitación, aunque el autor no se lo proponga, a la rebeldía social".

Si ambas afirmaciones son objetivas, no vemos cómo fácilmente se pueda decir que la actitud del guionista es moral. Para que ese tema unilateral tan escabroso pudiera merecer ese calificativo, no debería constituir la única o casi única fuente de inspiración del film, ni deberían presentarse los escándalos de forma excitante y morbosa (3).

Es muy dudoso que un espectáculo así no suscite en la masa influenciada de los espectadores más reflejos de conivencia e imitación que de verdadera

y vigorosa reprobación. Fellini ha declarado sin rebozo en "Il nostro tempo" (14-VII-60), este efecto de su película.

En cuanto al tema social, la denuncia puede ser moral. Y muchas veces ineludible. La incitación a la rebeldía es más dudoso... ¿No se juzga inútil, incivil e higiénicamente dañosa esa reacción que de hecho siguió al estreno de la película en Milán?... ¿Qué se consiguió con los gritos, los descuartizamientos de butacas... aparte de la urgente y enérgica intervención de los guardias?

Queda claro que no basta la sinceridad de propósito del artista para no perjudicar con su obra a los demás. Este principio creemos que ha hecho mella en el espíritu de Fellini, cuando a propósito de la polvareda que ha seguido a "La Dolce Vita", ha dicho: "La curiosidad del público por mi film tiene un tinte de morbosidad que no me agrada" —añadiendo después lealmente— "El más turbado de todos soy yo, porque tengo el presentimiento de estar preso en una gran responsabilidad". "De aquí en adelante mi discurso se hará más difícil y comprometido".

(2) «Temo che molti vedano nella Dolce vita ciò che vogliono vedervi» (*Europeo*, 12 febrero 1960).

(3) En París, ciudad tan poco escandalizable, ha escrito J. L. TALLEMAY: «La Dolce Vita raconte la vie des personnages dont la vie est ignoble, et ceux qui n'ont pas été touchés par la pourriture d'un certain monde ne tireraient aucun profit à aller le voir» (*Choisir*, p. 37. En *La Civil Cat.*, p. 169).

